



La caída de Roma. Atila

Relieves en el sepulcro de Estilicón (Iglesia de San Ambrosio, Milán), el único hombre de su tiempo que hubiera podido salvar el Imperio si los emperadores no le hubiesen negado su apoyo. Arcadio le impidió actuar en Oriente, y Honorio instigó a las tropas para que le asesinaran.

Generalmente se ha descrito el hecho histórico de las invasiones bárbaras como una avalancha de pueblos germanos que, rebasando las fronteras del Rin y del Danubio, invadieron simultáneamente las provincias occidentales del Imperio. Algo de verdad hay en esto, pero la entrada de los germanos en tierra del Imperio no sobrevino de una vez ni violentamente. Se acostumbra también decir que las invasiones produjeron un estado de anarquía y retroceso en la civilización, que no empezó a remediarse hasta que se formaron las nacionalidades de la Europa

moderna, ya casi al final de la Edad Media. Esta versión, por lo menos exagerada, se funda en textos casi contemporáneos; pero hay que advertir que son de escritores latinos, eclesiásticos, que veían en los bárbaros germanos un doble enemigo, porque la mayoría pertenecían a la secta arriana y en muchas ocasiones habían sido un verdadero castigo para la Iglesia católica.

En cambio, la causa principal del desplazamiento de los pueblos teutónicos, que es el movimiento de grandes masas de tribus mongolas hacia la Europa central, se ha



considerado como un episodio secundario. Se habla de Atila y de los hunos como de otros bárbaros, acaso los peores, pero sin distinguirlos mucho de los de raza germánica, casi cristianizados y medio romanizados. Y, sin embargo, la ocupación por los hunos de la mayor parte de Europa es uno de los más extraordinarios sucesos de la Historia.

Conviene recordar que los hunos eran de raza turania, que ya hemos descrito como adormecida, pero que se levanta en sacudidas periódicas amenazando conquistar el mundo. Pertenecían a la misma raza que los tártaros y mongoles que acaudilló Gengis-Khan, y aun tal vez que los turcos de Bayaceto y Solimán; pero mientras los mongoles de Gengis-Khan se detuvieron al llegar al Mediterráneo y los turcos no pasaron de Viena, las hordas de tez amarilla, ojos oblicuos y pómulos salientes que seguían a Atila cruzaron por delante de París, llegaron hasta Orleans, y de Italia se marcharon sin ser vencidas, acaso porque la tierra clásica, llena de ciudades y cultivos, no se prestaba a la vida nómada ni tenía pastos para sus caballos.

La historia de los hunos anterior a su llegada a Europa la conocemos sobre todo por los escritores chinos, que hablan de tributos que tenían que pagar a los *hiungs* para mantenerlos más allá de sus fronteras. Cuando, con la construcción de la gran muralla y el establecimiento de una dinastía en China capaz de hacerse respetar, no pudieron continuar sus incursiones depredatorias hacia el Sur, los hunos se dirigieron poco a poco ha-

cia los desiertos entre el Oxus y el mar Caspio. Por algún tiempo parecieron amenazar a los partos y quererse instalar en las llanuras fértiles del Asia; pero, siguiendo acaso la línea de mínima resistencia, al final del siglo III los hallamos ya entre el Volga y el Dniéper.

Los primeros que sufrieron en Europa el choque de los hunos fueron los alanos, que vivían en las tierras que los griegos llamaron *Escitia*, al norte del mar Negro. Los alanos habitaban en tiendas y vivían aún bajo un régimen pastoril; aunque se habían mezclado mucho con los vecinos turanios, eran originalmente de raza aria como los germanos. Grupos numerosos de alanos se agregaron a las hordas de mongoles que llegaban del Asia; otros de ellos, acaso los más civilizados, o germanizados, se corrieron hacia sus vecinos teutónicos, manteniéndose distanciados, pero siguiéndoles en sus movimientos posteriores, como veremos más adelante.

Los hunos avanzaban en hordas disgregadas, llevando gran impedimenta de carros, mujeres y rebaños, y obedeciendo sólo, en sus expediciones militares, a un jefe o monarca que difícilmente podríamos llamar rey. Cuando la presión de nuevas tribus recién llegadas se hizo irresistible, las avanzadas de los hunos empezaron a hostigar a los más orientales de los pueblos germánicos, instalados en las llanuras al norte del Danubio; éstos eran los godos, divididos desde hacía mucho tiempo en las tres ramas de ostrogodos, visigodos y gótipos. Los ostro-

godos trataron de combatir con los hunos, pero la terrible avalancha de gente amarilla era irresistible. Parte de los ostrogodos accedió a pagar tributos a los hunos y sus jefes aparecen como consejeros de aquellos asiáticos, ejerciendo el mismo papel que los barones germánicos del Báltico desempeñaron siglos después en la corte de los zares rusos. La segunda rama de los godos, la que estaba instalada más al Norte y había tenido menos contacto con el Imperio romano, los *gépidos*, consintió también en pactar una alianza con los hunos y los acompañó en sus campañas posteriores.

Pero al llegar los hunos a las tierras de la tercera rama de los godos, los godos del Oeste, o *west-gots*, que nosotros llamamos visigodos, éstos, al comprobar que la resistencia era imposible, en vez de ceder, como sus parientes los *gépidos* y los ostrogodos, prefirieron cruzar el Danubio y sumisamente se pusieron bajo la protección del Imperio romano. Antes ocultarían el tesoro real, que se encontró hace algo más de medio siglo en Petrosa, Rumania. Esto ocurría en 376, y el lugar por donde cruzaron la frontera los visigodos estaba sujeto a la autoridad del *augusto* de Constantinopla. Así pues, Valente, que era entonces emperador, aceptó la oferta que le hacían los visigodos de establecerse en una región inculta de la Tracia y vivir allí como aliados y súbditos del Imperio; pero impúsoles dos condiciones que no podían ser más onerosas: la primera, que los visigodos tenían que hacer entrega de sus armas, y sólo así desarmados cruzarían la frontera, y la segunda, que debían entregar sus hijos, para que fuesen repartidos por las diferentes ciudades del Asia y aprendiesen allí las maneras y costumbres de las gentes grecorromanas. La primera condición exasperó a los visigodos, quienes, sin embargo, por el soborno y el contrabando lograron conservar muchas de sus preciosas armas, y el cumplimiento de la segunda condición les dejó todavía más libertad de movimientos para poder atacar al Imperio si no se les indemnizaba, con tierras y subsidios, por la pérdida de sus familias.

Díptico de marfil del cónsul romano Félix, que vivió en la primera mitad del siglo V (Biblioteca Nacional, París). En unos momentos en que los romanos vivían con las armas prestas por los continuos peligros de las invasiones, la imagen de este cónsul, vestido con la clásica toga, representa el eterno ideal pacífico de los romanos.





Vasija rumana de plata, del siglo V, con escenas báquicas (Museo de Historia de Cluj, Rumania). La mezcla de los romanos con los habitantes de la Dacia (región conquistada para el Imperio por Trajano, que ocupaba el espacio de la actual Rumania) dio como resultado una población muy sensible a todas las actividades y costumbres de Oriente.

El número de visigodos que cruzaron el Danubio está fijado en un millón de personas, de las cuales doscientas mil eran guerreros. Hoy mismo sería peligroso aceptar una nación así entera dentro de los límites de una Europa civilizada; cuánto más difícil no sería abastecer e instalar a tal multitud para los funcionarios de una administración corrompida como la de Constantinopla. Hasta San Jerónimo, que estaba entonces en el Oriente, excusa a los visigodos de su rebelión: *Per avaritiam Maximi ducis ad rebellionem fame coacti sunt*; esto es, que los visigodos hambrientos se rebelaron por culpa de la avaricia del duque Máximo, encargado de ejecutar el tratado. La explotación indigna a que fueron sometidos los refugiados visigodos les impulsó a procurarse la justicia por su cuenta. Las primeras escaramuzas fueron favorables a los bárbaros; esto alarmó al emperador Valente, quien trató de aniquilarlos en una batalla campal delante de Adrianópolis. La lucha se libró el 9 de agosto de 378 y en ella murió Valente, con varios condes palatinos, treinta y cinco tribunos y cuarenta mil soldados. El desastre de Adrianópolis se ha comparado al de Cannas, tanto por la magnitud de la catástrofe como porque no supo aprovecharse de ella el vencedor.

Los visigodos llegaron a las puertas de Constantinopla; pero, completamente desorientados en los suburbios de la capital, regresaron a la Tracia, país más favorable al género de vida nómada a que estaban acostumbrados. El sucesor de Valente fue el gran Teodosio, de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior; éste comprendió el peligro de tener a los godos como enemigos a las puertas mismas de su capital y las ventajas que, en cambio, podrían obtenerse de ellos si se les consideraba como aliados. Los visigodos permanecieron, pues, tranquilos en la Tracia hasta la muerte de Teodosio, el año 395. Durante este tiempo habían aprendido algo de las ventajas de la vida sedentaria, construido chozas, labrado campos y creado nuevas familias; pero, por otro lado,

sobre todo los jefes, se habían dado cuenta de la descomposición del gobierno imperial y de cuán importante era su propia fuerza, que podía hacer caer la balanza hacia un lado u otro en el caso de decidirse a intervenir en la cosa pública.

El mismo año 395, los visigodos, descontentos, emprendieron otra vez su trágico itinerario. Guiábales Alarico, guerrero de sangre real, que había hecho su aprendizaje en Italia con Teodosio. Con la promesa de viñedos y olivares que debían encontrar en Grecia, Alarico empujó a sus visigodos hacia el Sur. Dejaron las áridas e inclementes llanuras de la Tracia para asomarse a las cercanías de Atenas, que admiraron sin saquear, y pasaron el istmo de Corinto para hacerse fuertes en el Peloponeso. Allí trató de acorralarles un general de origen vándalo, antiguo favorito de Teodosio y ahora tutor de sus hijos, llamado Estilicón, y sólo por milagro pudieron los visigodos escapar de aquel callejón sin salida que era el sur de Grecia. Un nuevo arreglo con Arcadio, el hijo mayor de Teodosio, que gobernaba entonces las prefecturas del Oriente, "concedió" a los visigodos nuevas tierras en el Epiro, que hoy llamamos Dalmacia, con acceso al Adriático.

En aquellos momentos, la Dalmacia era una magnífica posición estratégica. Al servicio del Imperio, desde allí podían los visigodos acudir al sitio de mayor peligro, tanto si se trataba del Oriente como del Occidente; pero podían también atacar a cualquiera de sus señores si éstos no cumplían lo pactado. Y así fue; permanecieron tranquilos en el Epiro desde 397 hasta el 401, en que Alarico arrastró a sus guerreros a la conquista de Italia. Nada mejor que describir las causas de la invasión con las mismas palabras de Jordanes, el historiador casi contemporáneo de aquellos godos:

"Cuando Teodosio, el enamorado de la páz y la raza goda, hubo fallecido, sus hijos empezaron a arruinar el Imperio con una conducta viciosa y con negar a sus aliados, o sea los godos, la establecida distribución de dádivas. Esto hizo que en éstos aumentara el desprecio por los romanos, y temiendo perder su valor y degenerar en la ociosidad, los godos nombraron a Alarico por rey; éste, que pertenecía a la familia de los Baltos, que quiere decir *atrevidos*, tras aconsejarse con los jefes, decidió procurarse un reino independiente para los godos".

Por despecho, pues, de la administración imperial, que los tenía olvidados, y por el desce de aventuras y peligros tan característico de los primitivos teutones, entraron los visigodos en Italia. Estilicón fue otra vez el encargado de detenerlos cuando ya habían invadido las llanuras del Po. He aquí, pues,



Cabeza de Arcadio, emperador de Oriente desde 395, año de la muerte de su padre Teodosio, hasta 408. Apenas comenzado su reinado, sufrió un ataque de Alarico, jefe de los visigodos, y lo rechazó, sin aceptar la ayuda de Estilicón, tutor militar de ambos emperadores por voluntad de Teodosio. Aceptó, en cambio, como jefes de su ejército a algunos bárbaros que no le dieron los éxitos apetecidos. Le sucedió su hijo de corta edad Teodosio II.

El emperador de Occidente Honorio, segundo hijo de Teodosio, que reinó desde 395 a 423 (Museo del Louvre, París). Su designación como augusto de Occidente significó la partición definitiva del Imperio romano. Los servicios de su general Estilicón no impidieron la entrada de los visigodos en Italia y de los vándalos en España.



La Piazza del Popolo, en Ravena, con las dos columnas que sostienen las estatuas de San Vital y San Apolinar. Esta ciudad es un museo del mejor arte bizantino debido a que Honorio en 404 la hizo capital de Occidente.



frente a frente, de un lado, la gigantesca masa de los godos, sin organización ni ruta fija, pero a las órdenes de un caudillo leal y generoso, y, del otro lado, el viejo Estilicón con sus mercenarios de todas las razas, alistados en unas legiones que todavía llevaban las águilas imperiales, pero que ya no conservaban de romanas más que el nombre.

La campaña fue larga y llena de sorpresas. Alarico se reveló como caudillo consumado; sin embargo, los imperiales pudieron alabarse de haber conseguido una victoria en un lugar del Piamonte llamado Pollentia.

Resultado de ella fue un nuevo arreglo: los visigodos se retiraron a sus tierras por unos años, y Estilicón y Honorio fueron el 404 a Roma para celebrar su triunfo, como en los tiempos de Mario y Pompeyo. Es famoso, sobre todo, este triunfo por ser el último en que se dieron en espectáculo los combates de gladiadores. Los cristianos protestaron, y hasta un monje llamado Telémaco murió apedreado por la turba cuando trataba de separar a los contendientes en la arena. El sacrificio de esta víctima del humanitarismo acabó de decidir a Honorio, que tenía a su



Hoja del díptico paleocristiano del cónsul Basilio con escenas circenses al pie del relieve (Museo del Bargello, Florencia).

cargo el gobierno de las prefecturas occidentales, y publicó un edicto en el que prohibía para siempre los juegos gladiatorios.

El triunfo de Estilicón y Honorio representa, empero, el final del primer episodio de la entrada de los bárbaros en tierras del Imperio. Por lo pronto, los únicos aceptados son los visigodos, y aun sin haber podido hallar para ellos un domicilio que fuera definitivo.

Mientras tanto, los hunos y sus aliados habían avanzado hasta el Báltico. Su presión sobre los pueblos germánicos vecinos del Imperio se iba haciendo cada día más intolerable; algunas tribus germánicas cedían, y mediante un tributo y una alianza continua-

ban en las tierras de sus mayores; otros combatían a los asiáticos, disputándoles valle por valle, selva por selva, la orilla derecha del Rin. Finalmente, un día, el último del año 406, incapaces de resistir más el empuje de los hunos, grandes multitudes de pueblos germánicos atravesaron el río que durante varios siglos había sido la frontera de Germania. Pero no fue un ataque de teutón a romano, no fue una invasión para conquistar provincias: fue un desbordamiento producido por una presión que venía de mucho más allá, de las estepas de la Mongolia, a través del Asia y de la Europa central y que había empezado mucho antes.

El general Estilicón representado en la hoja de un díptico de marfil de los siglos IV-V (Catedral de Monza). El mejor general del Bajo Imperio era de origen vándalo y se opuso a los invasores casi contra la voluntad de los emperadores, los verdaderos interesados.



Hoja del díptico de marfil de la catedral de Monza, con la figura de Serena, esposa de Estilicón, y de su hijo Euquerio. Otras dos hijas de este mismo matrimonio fueron sucesivamente esposas de Honorio. En cuanto a Euquerio, su padre fue acusado de haber intentado colocarlo en el trono.



Cómo pudieron estas naciones germánicas atravesar la frontera es todavía un enigma. Muy probablemente, la guerra con los visigodos en el Oriente obligó a desgarnecer las fortalezas del Rin: Colonia, Maguncia y Tréveris. El vado se hizo por tantos puntos a la vez que las guarniciones romanas prefirieron encerrarse en sus castillos a exponerse a una destrucción segura. Lo que parece cierto es que los bárbaros no tenían un plan preparado de antemano, ni iban dirigidos por un jefe único ni se improvisó un caudillo en el acto de la marcha. Muy probablemente, con esta comunicación misteriosa y casi subterránea que se transmite a las multitudes en los días supremos de la Historia, se dieron cuenta de que había llegado la hora en que no hallarían resistencia capaz de detenerlos.

Pasaron avergonzados delante de las ciudades romanas y destruyeron algo, pero poco, para obtener el sustento. Estos guerreros teutónicos, cubiertos de andrajos, con sus mujeres y chiquillos, siguieron avanzando vacilantes, sin atacar ni ser atacados, hasta que hallaron parajes apartados donde la romanización no había sido completa y pudieron instalarse allí, casi a escondidas de la administración imperial, que era aún para ellos un poder poco menos que divino. Unos, los francos, llegaron al ángulo nordeste de Francia y Bélgica, adonde los mercaderes romanos habían ido siempre de paso. Otros,

Las luchas sangrientas del circo fueron parte del gran espectáculo de los romanos tanto en la República como en el Imperio. Este mosaico (Galería Borghese, Roma) demuestra que en el Bajo Imperio la costumbre era tan popular como en tiempos de Nerón. Pero, de repente, una orden de Honorio suprimió todos los espectáculos en que intervenían gladiadores.



LAS CONDICIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN AMBAS PARTES DEL IMPERIO

Las distintas condiciones generales y económicas influyeron sobre la común situación social de Oriente y Occidente—sociedad organizada en base a la coacción, tendencias feudales—, produciendo resultados muy diversos a la par que un gradual distanciamiento entre las dos partes del Imperio. En cuanto a recursos, las provincias occidentales, a diferencia de las orientales, casi intactas, entraron en una situación de quiebra: la reducción del territorio y el empobrecimiento causado por la invasión e instalación de los bárbaros según unos pactos que les permitían tomar el tercio de lo ocupado, la disminución de la producción agrícola y la crisis de abastecimiento, la pérdida de las minas, la decadencia de la industria y del comercio, el empeoramiento y confusión del sistema monetario, la falta de seguridad y el agotamiento fiscal se opusieron, como causas inexorables de disolución, al intento de salvación llevado a cabo por las débiles autoridades del gobierno. Así, la legislación contra las tendencias feudales (patronato, latifundio) y a favor de la con-

servación de la vida municipal (curias, corporaciones), que en Oriente pudo tener aún cierta eficacia o indicar, al menos, que los fenómenos disolutivos eran reconocidos menos abiertamente por el estado, en Occidente no tuvo ninguna eficacia.

Nuevos centros de poder (jefes militares, terratenientes, los mismos bárbaros) dominaron una sociedad confusa. En las ciudades, sobre las ruinas de la administración municipal, se iba engrandeciendo la actividad temporal de los obispos. La población que en las provincias intentaba evitar la opresión fiscal y la miseria entregándose a los patronos, entrando en los monasterios o dedicándose al banditaje, pudo quizás hallar el yugo de los bárbaros más ligero que el de los romanos y alimentó así el fermento nacionalista, presente desde hacía tiempo sobre todo en la Galia y en España, pero también en Oriente (Siria y Egipto).

Si el cuadro de la situación de Occidente en el siglo V se nos aparece tétrico debido a los sentimientos de los escritores que nos lo pintaron, nostálgicos en general de

la grandeza clásica, y el examen de algunos testimonios concretos echa una luz más optimista al menos para ciertas regiones, es indiscutible, desde Claudioiano a Namaciano y desde San Jerónimo a Salviano, la impresionante unanimidad sobre los rasgos generales de un organismo en franca decadencia. Aún según Oriente su vida normal como sociedad, cuando ya Occidente se debatía en la crisis total. La publicación en 438 del código de Teodosio, más bien que afirmar la unidad jurídica del Imperio, la destruyó para siempre, y desde entonces las eventuales agregaciones hechas por una parte del Imperio sólo eran válidas en la otra, tras una comunicación de un emperador a otro, cosa que normalmente no se puso en práctica. En 440, a sólo un siglo y medio de la imposición del latín por Diocleciano, el griego fue adoptado como lengua oficial en la administración oriental. Estos dos hechos significaron para la sociedad la división definitiva del Imperio.

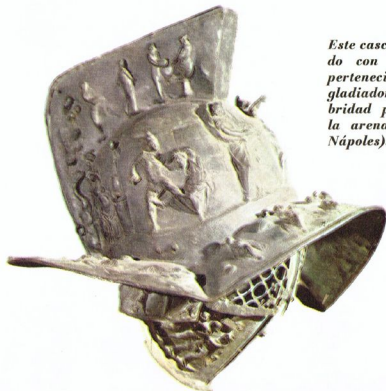
A. G.

los borgoñones, se internaron en los repliegues montañosos que separan a Francia de la Helvecia y desde allí hicieron más tarde famoso su nombre. Otros, más fuertes, cruzaron los Pirineos y se creyeron seguros en el rincón atlántico del norte de España, donde se instalaron los suevos, o bajaron hasta Andalucía, la primera etapa de los formidables vándalos.

Pero la Francia más romanizada, esto es, la Francia central y la Provenza, permaneció sin grandes cambios y continuó viviendo bajo la administración romana después del paso de aquellos pueblos. Lo mismo podríamos decir de España: ni la Tarraconense ni la parte central, más romanizada, recibieron daño alguno de los nuevos ocupantes, que se consideraban más bien huéspedes que enemigos del Imperio. Sin embargo, los espíritus cultivados de la época se dieron cuenta de lo que significaba aquella ocupación de parte de las provincias occidentales por los germanos. San Jerónimo, desde el Oriente, describe a los pueblos teutónicos recién llegados al Occidente con estas palabras: *Innumerabiles et ferocissimae nationes*. Así, poco más o menos, hablan también Orosio y Claudioiano, y empiezan a distinguir el carácter de las diversas tribus de germanos: unos son bravos, pero perezosos; otros son fieles y cumplidores de lo pactado; otros traidores, otros glotonos y lujuriosos; cada

nación tiene un defecto y posee también apreciables cualidades.

Es de creer que si el Imperio hubiese estado en su apogeo, como en tiempos de Marco Aurelio, estas gentes germánicas habrían sido absorbidas gradualmente, romanizándose poco a poco. En cambio, ahora las encontramos en seguida al servicio de ambiciosos magistrados imperiales que se



Este casco de bronce, decorado con delicadas escenas, perteneció sin duda a algún gladiador que alcanzó celebridad por sus triunfos en la arena (Museo Nacional, Nápoles).

LIMITES Y FIN DEL MUNDO ANTIGUO: CIENCIA, TECNICA Y ESCLAVITUD
(según tesis de FARRINGTON)

Habida cuenta de la insuficiencia de las causas externas para explicar la decadencia de la ciencia antigua, habrá que encontrar causas internas. Se ha observado muy adecuadamente que las bases de la ciencia griega eran demasiado limitadas. Se puede decir, en pocas palabras, que los griegos, aun habiendo conseguido notables éxitos en matemáticas, fracasaron en el campo de la física.

¿Por qué se detuvo el desarrollo de la ciencia griega? También a este problema se le ha dado una respuesta parcial por cuantos tienen en cuenta la base esclavista de la sociedad antigua y ven en el divorcio entre teoría y práctica, derivado de la institución de la esclavitud, una causa del desarrollo del aspecto teórico y abstracto de la ciencia, por una parte, y del estancamiento de sus aplicaciones concretas, por otra.

Muchos escritores han expresado su pleno asentimiento al punto de vista según el cual la ciencia es la creación de una élite y se pone en peligro si se da a conocer al pueblo ignorante.

El problema del gobierno en la sociedad antigua, dividida en clases, revela su agudeza no sólo en las descripciones de los periodos de clases "stasis" o de lucha de clases, sino también en los esfuerzos sistemáticos por parte de los gobiernos, representantes del pensamiento de la época para dar a las masas de sus pueblos ideas no verdaderas, sino "saludables".

En la base de la escala social estaba sólo el hombre, no el hombre y la máquina; no se planteaba aun el problema de combinar la instrucción teórica con la ignorancia política. El cinco problema era difundir ideas que presentaran la injusta distribución de la riqueza y del trabajo como un aspecto necesario de la constitución eterna de las cosas, y reprimir toda idea que pudiese resolverse en una crítica de esta concepción del universo.

La ciencia antigua debió su fallo al uso que se hizo de ella; es decir, falló como función social. Incluso cuando la adquisición de esclavos fue haciéndose cada vez más difícil, los antiguos no llegaron a una aplicación sistemática de la ciencia a la producción.

La dependencia de la sociedad con respecto a los esclavos se refleja en el modo de pensar de la época.

Para Platón y Aristóteles, en el siglo IV a. de J. C., era axiomático que la civilización no podría subsistir sin esclavos.

Trescientos años más tarde, si bien los esclavos eran mucho más difíciles de adquirir, el filósofo alejandrino Filón es aun de la misma opinión. Siendo la vida sin esclavos impensable, llega a la conclusión de que la ley moral permite la adquisición de esclavos.

Incluso tras algunos siglos de cristianismo, la sociedad estaba todavía regulada del mismo modo. San Agustín (354-430) aceptaba la esclavitud como un castigo mandado por Dios a la tierra culpable del pecado original.

Estas opiniones, tanto paganas como cristianas, son el índice del carácter de la época. El lento proceso de las fuerzas históricas había hecho surgir el sistema esclavista. Sólo potentes fuerzas de la historia podían desbarcarlo... Tal revolución, obra de los bárbaros del Norte, tuvo lugar entre los años 400 y 800.

Esta nueva civilización, que surge de la tumba de la sociedad de los esclavos, floreció pronto en una serie de nuevas invenciones que transformaron las bases económicas de la vida. Una de las transformaciones del organismo social fue la desaparición de los últimos restos de esclavitud y la posibilidad de emprender inmensas obras constructivas sirviéndose del trabajo libre.

valen de la fuerza de los bárbaros para imponer un candidato a la púrpura o para atacar a sus enemigos personales. La desgracia para Europa no fue, como se ha dicho muchas veces, que los bárbaros cruzaran el Rin demasiado pronto, sino que, al contrario, al cruzarlo el año 406, era ya demasiado tarde.

En efecto, ya el año 410 los visigodos se apoderaron de Roma y la saquearon. El asombro que esto produjo en los bárbaros fue enorme. La CIUDAD, que así se llamaba a Roma, la capital del mundo, la que había hecho temblar a sus abuelos, era presa de uno de los suyos. Un germano, Alarico, con una banda de visigodos, había entrado en Roma y mandaba en ella a su antojo. Otros, establecidos en provincias, podían hacer lo mismo con las ciudades romanas amuralladas, que, en menor escala, tenían también su prestigio y sus tesoros. La superstición de la superioridad romana se iba desvaneciendo...

Sólo una cosa quedaba todavía fuerte: la idea del Imperio. El concepto de las nacio-

nalidades no se había formado aún; bárbaros y romanos se sentían sujetos a la administración imperial, el águila de dos cabezas, que entonces eran dos águiluchos impotentes, los hijos de Teodosio, uno en Constantinopla y otro en Milán o Ravena. Sobre esta idea de la unidad del Imperio, aun con dos capitales, deberemos volver más adelante; sin embargo, ahora es preciso que expliquemos algo de la segunda etapa del itinerario de los visigodos, en cuyo camino ocurrió el mencionado episodio de la caída de Roma.

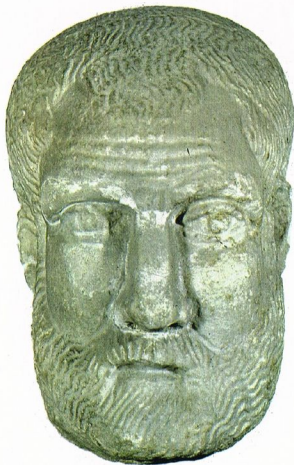
El año 408, el incapaz Honorio consentía en Ravena el asesinato de Estilicón. La desaparición del viejo general alano no sólo significaba, para los visigodos, que no habría en Occidente nadie capaz de detenerlos, sino también que la subvención en metalco y especies que percibían por su inacción se haría más irregular en lo sucesivo. Esta consideración bastaba para acabar de decidir a los visigodos a lanzarse sobre Italia. Con un contingente de setenta mil guerreros (recordemos que eran doscientos mil al cruzar el



Las murallas de Roma, construidas por Aureliano cuando el Imperio no tenía aún nada que temer, sirvieron en 410 para detener el primer empuje de los visigodos de Alarico. Pero a poco las puertas cedieron y se produjo el saqueo de Roma. Sólo tres días permitió el jefe godo que durara el pillaje, e hizo respetar las basílicas de San Pedro y San Pablo.

Danubio), Alarico saqueó Aquileia y Cremona, pasó sin detenerse por delante de la ciudad de Ravenna, defendida por sus pantanos y canales bordeados de pinares, cruzó los Apeninos y plantó sus reales delante de Roma. Después de un primer sitio, que los visigodos levantaron mediante un regular donativo, el año 410 Alarico entraba en Roma.

Para dar idea de la hazaña, recordemos que el perímetro de las murallas de la capital era de unos treinta y cinco kilómetros y que debía de contener todavía más de un millón de habitantes. Por otra parte, es seguro que, al descender a través de la Italia, Alarico y sus guerreros reclutarían esclavos de raza teutónica y alanos, que se sumarían a sus filas. Por lo menos, sabemos que sólo en Roma los visigodos encontraron cuarenta mil germanos. ¡Qué desorden no produciría en las explotaciones agrícolas, y aun en los servicios de la capital, esta liberación de millares de esclavos, que se unían a los ejércitos de los bárbaros! He aquí otra de las



Cabeza que se supone representa la de Alarico (Museo de las Termas, Roma). Este rey de los visigodos, rechazado de Oriente por Estilicón, atacó la parte occidental del Imperio. Honorio intentó contenerle cediéndole parte de sus dominios, pero el bárbaro avanzó por Italia y saqueó la ciudad de Roma.

LIMITES Y FIN DEL MUNDO ANTIGUO: CIENCIA, TECNICA Y ESCLAVITUD (según tesis de LILLEY)

La economía romana se basaba, aún más que la griega, en el trabajo de los esclavos. Por eso, durante el periodo de la expansión romana fue escaso el uso de la rueda hidráulica. Disminuyó incluso la aplicación de la energía animal para accionar los molinos, usándose, en cambio, esclavos. Así, pues, como sucedió siempre en la economía antigua, la esclavitud impidió la aplicación plena de la energía humana.

Todo el periodo de la grandeza romana no produjo una sola invención mecánica de importancia.

Al iniciarse el declive del poder romano, cuando los ejércitos victoriosos ya no tratan sus víctimas como esclavos, comenzó a hacerse sentir una seria escasez de mano de obra. En estas circunstancias comenzó a producirse un notable desarrollo de las máquinas accionadas por energía no humana. Los siglos IV y V asistieron a la considerable difusión de molinos hidráulicos en diversas partes del Imperio. La rueda hidráulica se usaba sólo para moler trigo. Se tienen noticias de una sola excepción, en el siglo V: una sierra para cortar mármol. Pero correspondió a la Edad Media generalizar el uso de la rueda hidráulica y aplicarla a toda una serie de nuevas tareas.

La decadencia y caída final del Imperio romano significó la pérdida de algunas muestras de cultura que, sin embargo, no constituyen índices verdaderos del nivel de civilización. La Edad Media la superamos como una era de renovado adelanto, después de un prolongado periodo de relativo estancamiento.

El periodo que va desde el año 2500 a. de J. C. hasta el fin del Imperio romano produjo pocas invenciones: las únicas realmente sobresalientes fueron un proceso de beneficio y fusión de minerales, que hizo del hierro un metal de uso general y ejerció, por tanto, un efecto muy considerable sobre el nivel de vida; la aplicación en pequeña escala de la energía animal a ciertos tipos de máquinas, y el uso — en muy limitada escala — de la energía hidráulica.

La Edad Media comenzó aplicando estas técnicas, que poco a poco produjeron una serie de invenciones nuevas que sentaron los fundamentos del mundo moderno.

El derrumbe del Imperio romano acarrió también el derrumbe de una estructura social basada en el trabajo de esclavos. La esclavitud no desapareció en forma súbita; el número de esclavos fue disminuyendo poco a poco durante los últimos siglos del Imperio romano y los primeros de la Edad Media.

La sociedad romana de finales del Imperio retornó a una forma de organización existente antes de la aparición de las sociedades esclavistas, un sistema de unidades locales basadas en su producción agrícola, que realizaban sus propias manufacturas en el mismo lugar, con escaso comercio, salvo en algunos artículos esenciales, como el hierro y la sal.

Pero tal cambio significó una reducción en la severidad de las divisiones de clase: en vez de ordenarse desde un emperador "divino" hasta un esclavo "subhumano", los estratos sociales iban sólo desde el siervo hasta el señor del castillo, en contacto suficientemente estrecho con sus siervos sobre los procesos de producción.

Los bárbaros, que invadieron Europa a medida que retrocedían las fronteras romanas, y que se mezclaron con la población antes gobernada por los romanos, ayudaron a completar la transición a una sociedad en la cual el "status" relativo del trabajador era mucho más elevado que en la antigüedad.

El artesano, que nunca desapareció por completo y que en los siglos siguientes fue convirtiéndose en un elemento más y más importante de la sociedad, se hallaba en situación de beneficiarse con los resultados de su inventiva, en escala mucho mayor que su semejante de la antigüedad.

Fracasado el abastecimiento de esclavos, la temprana Edad Media se vio frente a una severa escasez de mano de obra. La respuesta de la antigüedad a las tareas que requerían abundante mano de obra había sido sencilla: muchos esclavos. La Edad Media hubo de encontrar otra respuesta: el desarrollo y la aplicación de fuentes de energía distintas a los músculos humanos.

Avverso y reverso de una moneda de Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, que fue una de las presas más codiciadas con que se hizo Alarico en el saqueo de Roma.



causas que hay que añadir a las muchas con que se ha tratado de explicar la ruina de la civilización clásica.

Sorprende que, mientras en el siglo anterior las legiones proclamaron varios emperadores de raza bárbara, árabes y sirios, los guerreros teutónicos de esta época se consideraron, sin excepción, oficiales extranjeros al servicio del Imperio, al que ofrecían su espada y sus compañías de soldados, pero ninguno pretendió erigirse emperador. Eran más bien cabecillas que gobernantes y políticos. Sentían por la máquina administrativa romana, con su sombra de senado y sus *augustus*, un respeto que ya no merecían inspirar. Así, por ejemplo, lo primero que

hizo Alarico al entrar en Roma fue instigar al senado para que nombrara otro emperador que pudiera sustituir al pobre Honorio, refugiado en Ravena. Desgraciadamente, la elección del senado recayó en un notario, músico y cantor llamado Atalo, aún peor que Honorio, al que, sin embargo, los visigodos guardaron fidelidad por algún tiempo.

Pero no es ahora ocasión de seguir punto por punto el relato de estos años de invasión. Baste decir que, después de una excursión por el sur de Italia, en la que Alarico murió, por fin, el 412, los visigodos, guiados ya por un pariente de aquél, Ataúlfo, se instalaron en Provenza y volvieron a entrar en negociaciones con la corte de Ravena, tratando de venderle caros sus servicios. Para hacer más tratable a Honorio y a sus consejeros, los visigodos conservaban en su poder al pseudoemperador Atalo, elegido por el senado, y a la hermana de Honorio, hija también del gran Teodosio, la hermosa Gala Placidia, la mejor presa del saco de Roma.

Ataúlfo casó con Gala Placidia en Narbona y las nupcias se celebraron a la manera romana. Se han conservado unas palabras de Ataúlfo, que Pablo Orosio oyó repetir en Palestina, según las cuales parece que había dicho que, cuando era joven, hubiese querido hacer una Roma gótica, pero que después se convenció de que lo más práctico era romanizar a los visigodos. Las nupcias de Ataúlfo y Gala Placidia, en Narbona, parecieron asegurar el triunfo de esta idea. Hacía más de treinta años que los visigodos vagaban por las tierras del Imperio; muchos de ellos habrían nacido ya en el suelo clásico y hablarían, además de los dialectos teutónicos, algo de griego y latín. Estaban, sin duda, casi tan calificados para proteger al Imperio como los francos en tiempos de Pipino y Carlomagno. Por desgracia, los visigodos eran arrianos, y su religión altamente les perjudicaba. De todas maneras no demostraron tanto antagonismo hacia los católicos como los vándalos y suevos. No hubo persecución por parte de los godos.

Por otra parte, el matrimonio de Ataúlfo con Gala Placidia parece haber sido un matrimonio de amor. Ataúlfo, aunque de baja estatura, era apuesto e inteligente, y tenía cierta espiritualidad natural que daba gracia a sus palabras. Era también un gran guerrero, como lo probó al cumplimentar el encargo que le diera Honorio de limpiar la Hispania de bárbaros, vándalos y suevos. Si no vencerlos, por lo menos consiguió que se mantuvieran en los límites asignados. Ataúlfo tomó como base de sus operaciones o capital a Barcelona; allí dióle Gala Placidia un hijo, el pequeño Teodosio, que hubiera sido un príncipe godo-romanizado, o roma-



El rey visigodo Ataúlfo, según la "Genealogía de los Reyes", de Alonso de Cartagena (Biblioteca Nacional, Madrid). Sucedió este rey a Alarico y reinó hasta que en 415 fue asesinado en Barcelona. Sus conversaciones con Honorio, tendentes a crear un reino godo en las Galias, no dieron fruto porque Ataúlfo no quiso devolver a Gala Placidia, sino que se casó con ella. El acoso de los generales de Honorio le obligó a abandonar las ciudades conquistadas y a refugiarse al otro lado de los Pirineos.

no-germanizado, si no hubiese muerto a los pocos meses. Pero también allí en Barcelona murió Ataúlfo asesinado por uno de sus capitanes, un día que bromeaba con ellos visitando las caballerizas de palacio. Gala Placidia enterró a su esposo Ataúlfo en un gran sepulcro en forma de templo romano.

Muerto Ataúlfo y acabada su misión en España, los visigodos pactaron por última vez con el Imperio, bajo estas bases: devolvieron Gala Placidia a su hermano Honorio, se les concedieron tierras en Aquitania, desde el Loira hasta los Pirineos, y se confirmó su carácter de milicias imperiales. De hecho, la corte de los visigodos en Tolosa era la capital de un estado independiente y cerca

LOS BARBAROS

El elemento más importante de transformación y diferenciación entre Oriente y Occidente fue ciertamente el conjunto de los recién llegados al Imperio. En el siglo V, los bárbaros dieron término con rapidez y eficacia a la serie secular de contactos y al largo proceso de penetración, ora violenta ora pacífica, que los había introducido a todos los niveles de la sociedad del Imperio.

A fines del siglo IV, el ejército era ya completamente bárbaro, desde los soldados a los generales, y se achaca a Teodosio el no haberse dado cuenta de este fenómeno. En el siglo V, y de manera especial en Occidente, se afirmó el poder de los *magistri militum* bárbaros, incluso en las cosas civiles, y la reacción contra esta prepotencia determinó, con sus éxitos y fracasos, gran parte del curso de los acontecimientos. La barbarofilia y la barbarofobia empezaron desde entonces a ser elementos políticos.

Pero, aparte el alternante juego de estos elementos, la regencia del semi-bárbaro Estilicón y su parentesco con la casa imperial, el matrimonio de Gala Placidia con el goda Ataúlfo, el poder del

alano Aspar en Oriente y el de Aecio, fundado en su amistad con los hunos, en Occidente fueron aspectos de la nueva realidad, obligada a tener bien en cuenta la presencia cada vez más importante de hombres y pueblos nuevos.

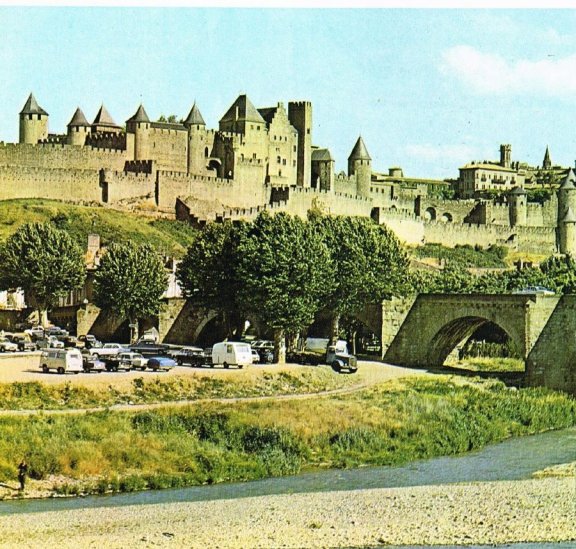
La población del Imperio, especialmente en las provincias de los confines, se iba mezclando desde hacía siglos (colonos libres y no libres de origen bárbaro). Desde la era de Teodosio, naciones enteras venidas al Imperio con armas y bagajes y conservando su integridad y autonomía habían recibido unas tierras y un pacto o *foedus*. Sin embargo, la fuerza asimiladora de la romanidad con su civilización superior podía asegurar la absorción de los elementos nuevos, cosa que siempre había hecho Roma y que aun esta vez hubiera logrado la clarividencia de Teodosio y de Estilicón si el movimiento no se hubiese acelerado demasiado, pues no todos los grandes pueblos germánicos recibían las tierras del Imperio de acuerdo con un *foedus*, sino que algunos empezaron a tomarlas con violencia, instalándose en ellas, en algún caso, como reinos ya del todo in-

dependientes. Así sucedió, en su aspecto más aparente, o sea, el desmembramiento territorial, la liquidación de la *pars Occidentis*, aparentemente contemplada con indiferencia por Oriente, que quedó en una afortunada condición de mayor tranquilidad, debido, sin duda, a la debilidad de la Persia de esa época, ya que los invasores, abandonando la frontera septentrional, se trasladaban hacia la más fácil presa occidental.

En los días de Adrianópolis, cuando el desastre de Valente frente a los godos invasores, el Occidente había acudido en socorro de Oriente, pero ahora la creciente separación entre las dos partes del Imperio hacía difícil la mutua ayuda. Por otra parte, alguna triste experiencia disuadió a Oriente de intervenir.

Por tanto, aun en este aspecto quedó consumada la separación, de la que nacieron las características básicas del mundo medieval: en Oriente, la supervivencia del Imperio con rasgos bizantinos; en Occidente, el sistema nuevo de los estados romano-bárbaros.

A. G.



de ella construyeron la casi inexpugnable fortaleza de Carcasona, pero se resignaron y aun se vanagloriaron de ser los ejecutores de las órdenes del monarca de Ravena.

Así se hallaban las cosas medio siglo después de la invasión. Grandes parcelas del Imperio estaban gobernadas por los jefes bárbaros, quienes se valían para administrar justicia, entre los romanos establecidos en su territorio, de los antiguos funcionarios de la administración imperial y sólo ponían gran empeño en que el servicio militar siguiese confiado a los teutones. Es cierto que los bárbaros reclamaban el uso y posesión de dos tercios de las tierras cuya protección se les había confiado, pero éste era un privilegio que hacían derivar de los antiguos legionarios romanos, quienes tenían derecho a un

Vista de la ciudad de Carcasona. A la muerte de Ataúlfo, los visigodos pactaron con Honorio y se les concedió establecerse al sur de la Galia en calidad de súbditos del Imperio. En realidad fueron del todo independientes e hicieron de la ciudad de Tolosa una de sus capitales. En Carcasona fundaron una ciudad teóricamente inexpugnable.

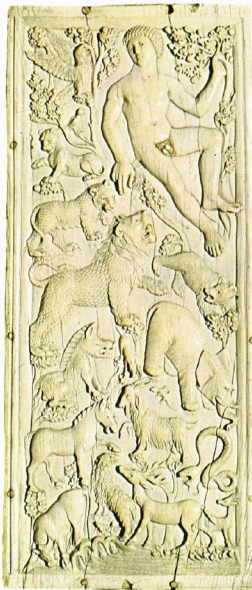
tercio o a dos tercios de la casa y la tierra del patrón que los alojaba. Es de suponer que, a pesar de la desmoralización de los servicios imperiales y del mal efecto que causó la caída de Roma, los germanos hubieran acabado por infundir sangre nueva al Occidente sin destruir los moldes clásicos, pero el empuje incesante de los hunos desorganizó definitivamente lo que apenas estaba organizado.

A mediados del siglo V, los hunos aparecen dirigidos por un gran jefe, Atila. He aquí cómo lo describe Jordanes: "Atila era altivo y desdenoso; mirando de un lado a otro, manifestaba fuerza y voluntad. Era belicoso y, sin embargo, reservado en sus acciones, decidido en el consejo, bueno para con los humildes y generoso con los que recibía bajo su protección; de baja estatura, anchas espaldas y cabezota grande, ojos pequeños, barba clara y gris, nariz chata y piel oscura, señalando su origen oriental". De las costumbres de Atila nos entera el precioso relato de un tal Prisco, quien acompañaba a una embajada que fue a visitarle el año 449. Los embajadores romanos partieron de Constantinopla y llegaron sin contratiempo a Sárdica, quizá la moderna Sofía. Allí encontraron ya la ciudad destruida por las avanzadas de los hunos. Toda la región, hasta el Danubio, estaba cubierta de cadáveres, que los hunos, como de costumbre, habían dejado insepultos para atemorizar a los romanos. Atravesaron el río en balsas hechas de troncos de árboles y, después de varios días de cabalgar, acamparon cerca del lugar donde Atila estaba cazando; éste recibió a los embajadores con frases violentas y hasta les amenazó con crucificarlos. Su principal queja era que no le habían devuelto los cautivos hunos, que esperaba con la embajada.

Dos días después, Atila, con todo su séquito, marchó hacia la madriguera donde se alojaba regularmente. Allí fueron también los embajadores, pero por diferente camino, porque Atila quería detenerse en determinado paraje para recoger otra concubina para el harén. Por fin, el gran caudillo turanio llegó a su aposento. Grupos de muchachas salieron a recibirle, cantando y agitando sin cesar velos de lino blanco. Sin desmontar, Atila comió y bebió de lo que le presentaron sus esclavas.

La morada de Atila estaba situada en una eminencia desde la que se podía dominar todo el campamento. Una empalizada, con torres también de madera, rodeaba su habitación. Todo lo cual estaba construido con arte, pulimentado y decorado con tallas de escultura.

Las negociaciones de la embajada ade-



Diptico paleocristiano de mediados del siglo V con una representación de Adán en el paraíso y escenas de la vida del apóstol San Pablo (Museo del Bargello, Florencia).

lantaron muy lentamente; pero, a la manera oriental, los embajadores fueron invitados a un banquete. Atila comió en una mesa separada, en el centro de la sala; a un lado tenía a sus hijos y ministros, y al otro a los embajadores. Los manjares fueron servidos a los huéspedes en vajilla de plata, pero los vasos eran de oro; sólo Atila comió y bebió en platos y vasos de madera; por lo visto, tenía empeño en exhibir su simplicidad de jefe de nómadas. Al terminar el banquete, entraron los bardos en la sala para entonar cánticos de guerra y de victoria, que hicieron derramar lágrimas de emoción a los guerreros jóvenes. Por fin, un bailarín-bufón, jorobado y de origen africano, empezó sus mímicas, que todos rieron, menos Atila, que se mantuvo grave e impenable.

Éste era el hombre que, a la cabeza de sus quinientos mil hunos, atravesó el Rin acompañado de sus aliados: gépidos, alanos y ostrogodos. Era hacia la primavera del año 451 cuando las hordas de Atila, dividi-



Moneda de Valentiniano III conmemorativa de la victoria de los Campos Cataláunicos sobre Atila (Gabinete de Medallas, París). El empuje de los hunos hacia Occidente fue detenido por un ejército de romanos y germanos cerca de Troyes, y Atila se vio obligado a plegar sus tropas hacia el Rin.

Anverso y reverso de una moneda de Teodosio II acuñada en Constantinopla hacia 420 (Museo Británico, Londres). Fue emperador de Oriente desde los siete años, en que sucedió a su padre Arcadio, hasta 450, pero quienes gobernaron en su infancia fueron primero su prefecto Antemio y luego su hermana Pulqueria. La conciencia de la inseguridad de los tiempos en que vivió le llevaron a construir las murallas de Constantinopla que aún hoy están en pie.

das en dos grupos, atravesaron el río por Coblenza y Basilea. El primero de estos vados se hallaba desguarnecido, porque los francos que ocupaban la región no quisieron resistir; el segundo estaba en las tierras que ya hemos dicho que ocupaban los borgoñones. Reunidas las dos masas de los hunos en Metz, pasaron por Reims y París, sin entrar en ellas. Su objetivo era Orléans, en el recodo que forma el Loira en el centro de Francia, un punto de importancia estratégica formidable...

¿Qué hacían, mientras tanto, los imperiales? Por fortuna, el Imperio podía contar entonces con la colaboración de Aecio, un general romano que conocía perfectamente a los hunos. En ocasión de hallarse enemistado con Gala Placidia, que en nombre de su hijo Valentiniano regentaba el Occidente, este general romano se había desterrado voluntariamente a la corte de Atila. Allí vivió Aecio algunos años como huésped, y a su regreso traía una escolta de sesenta mil jinetes hunos.

Con su ejército personal de hunos y alanos, Aecio se había impuesto a la corte de Ravena, y estaba en la Galia, tratando de pacificar a los pueblos teutónicos que habían encontrado allí aposento, cuando Atila con sus hordas penetró en la zona romana. Aecio comprendió en seguida que no podía hacer frente a los hunos teniendo a sus espaldas a los visigodos indecisos; éstos permanecían en la Aquitania y su frontera pasaba por el sur de Orléans. El rey de los visigodos no parecía muy dispuesto a colaborar con Aecio; su excusa era que Atila no había llegado todavía al territorio que él tenía que defender, pero acaso esperaba el resultado del choque de los dos imperios para caer del lado del vencedor. Aecio encomendó a un cultísimo patricio romano poseedor de inmensa fortuna, llamado Avito, la delicada misión de convencer a los visigodos. Este noble intermediario regresó de su embajada llevando tras de sí a los escuadrones armados de los visigodos, con el rey y dos de sus hijos a la cabeza. Animado por este refuerzo, y aseguradas sus espaldas, Aecio fue al encuentro de los hunos, que estaban aún sitiando a Orléans. Atila, al ver aparecer las águilas romanas, levantó el cerco, buscando un paraje más llano para maniobrar su ejército, compuesto exclusivamente de jinetes. Lo encontró al nordeste del Loira.

Este espacio favorable está cerca de Châ-





lons, en el lugar llamado *Campos Cataláunicos*. Como buen turanio, Atila, la víspera del combate, pidió a los adivinos de su séquito que le predijeran el resultado de la batalla. El método para presagiar que emplearon los brujos de Atila es el mismo que usan todavía los chinos y mongoles, y que usaban ya mil años antes de Jesucristo, esto es, calentar huesos y conchas de tortuga y, por la forma de las grietas, descifrar el porvenir. El augurio de los shamanes hunos fue que Atila perdería la batalla, pero que en ella moriría su enemigo. ¿Y quién era su enemigo sino Aecio? ¿Y qué más podía desear Atila que la muerte del desterrado ingrato al que había colmado de honores, y le había regalado una guardia real, el mismo que ahora le perseguía acaudillando las huestes de sus enemigos?... Atila se decidió, pues, a perder, con la esperanza de sacrificar a Aecio. Porque, además, Atila sabía muy bien

que, una vez desaparecido Aecio, el Occidente entero caería bajo su dominio.

El combate, que se dio en junio o julio de 451, fue un gigantesco duelo entre naciones. Todas las fuerzas de Europa, y hasta podríamos decir de Asia, estaban movilizadas en aquella llanura. La batalla de Châlons contrasta con el carácter local y episódico de los demás conflictos entre bárbaros y romanos. Desde la batalla de Adrianópolis a la de Châlons sólo hallamos escaramuzas, con las que los bárbaros destruyeron el Imperio y se desangraron ellos mismos, pero no se jugaba la suerte de Europa fiándola a la de las armas, como en los Campos Cataláunicos.

A un lado estaban los hunos con sus aliados: gépidos, hérulos y ostrogodos. Enfrente, Aecio con todas las milicias romanas y sus aliados, francos y visigodos. Atila disparó la primera flecha y peleó durante toda

“Encuentro del papa León I con Atila”, por Rafael Sanzio (Museo Vaticano). La intervención personal del papa, que probablemente salvó la ciudad de Roma de un nuevo y definitivo saqueo, supuso al mismo tiempo el fin del peligro huno para todo Occidente. Atila murió al año siguiente y sus tropas se retiraron a las estepas rusas de donde habían venido.

EL SACO DE ROMA (408-410)

La reacción antibárbara occidental fue más fanática que la oriental. El prefecto del pretorio, Teodoro, y Olimpio, *magister officiorum*, instauraron un régimen bastante más duro que el de Estilicón, dominando a Honorio, ensañándose contra sus enemigos con ejecuciones y confiscaciones, condenando la memoria de Estilicón y destruyendo cruelmente a su familia. Los soldados "romanos", instigados a una danzante carnicería de las mujeres e hijos de los soldados bárbaros, no hicieron sino dividir las escasas fuerzas militares cuando era menos oportuno. Muchos desertaron atraídos por Alarico, que no se había retirado a la caída de Estilicón, antes, al contrario, estaba a punto de caer sobre Italia.

Otro motivo de preocupación fue el abandono de la política de tolerancia religiosa. Olimpio, falto incluso de espacio vital por todas partes, rechazó la petición de Alarico de renovar la alianza mutua, lo que suponía la renuncia a eliminar al usurpador de las Galias. Una nueva negativa fue la respuesta al propio Alarico, que pedía una indemnización en dinero y en tierras del Nórico y de la Panonia. E incluso por tercera vez rechazó la alianza de Alarico, sin tener siquiera un ejército que diera consistencia a su conducta, cuando el visigodo entró en Italia y la recorrió desde Aquilea a Milán, Ravena y Roma.

Antes de acabar el año 408 la ciudad de Roma se vio sitiada por los bárbaros. El hambre y la peste obligaron al senado a tratar con Alarico, cuyas condiciones de paz aumentaron considerablemente: una indemnización enorme y la alianza con Honorio. Comunicadas estas condiciones a la corte de Ravena, mientras Alarico suspendió el asedio y se retiraba a Etruria, fueron rechazadas, pero Olimpio cayó en 409, sin haber logrado impedir que

Ataúlfo, recién llegado del Danubio, se reuniera con Alarico.

Con Olimpio acabó el fanatismo antibárbaro. El mando del ejército volvió a las manos de un bárbaro, Alobico, y fue gran desventura que la dirección de los asuntos pasara entonces a manos del intrigante Jovio, prefecto del pretorio, pues en determinado momento Alarico llegó a contentarse con una parte del Nórico, sin exigir tributo pecuniario alguno. Malograda esta ocasión de un arreglo altamente favorable, la guerra se reanudó en el otoño del 409.

Ravena podía ahora disponer de un fuerte contingente de mercenarios hunos y esperaba la ayuda prometida por Oriente y por Constantino, emperador de las legiones romanas de Britania. Alarico volvió a asediar Roma, y el senado, atento a la reacción de Ravena, aceptó como emperador al usurpador impuesto por Alarico, el senador de origen griego y pagano Atalo. El asedio fue levantado, el nuevo emperador fue bautizado por un obispo godo y armano, y el ejército godo vino a ser el ejército romano, con Alarico como *magister utriusque militiae* y Ataúlfo como *comes domesticorum*. De este modo, el rey godo podía creerse haber realizado su sueño, sin duda sincero, de inserción en el estado romano, y tener en Atalo, admirador del liberalismo de Estilicón, quien lo comprendiese y, sobre todo, le obedeciese.

Sin embargo, Atalo fue más independiente de lo previsto. Al principio se hizo reconocer por Honorio, pero cuando lo vio en apuros, debido a la infidelidad de los hunos y a la falta de envíos de socorro de Oriente y de la Galia [Constantino estaba luchando en España, donde los vándalos, suevos y alanos se habían desbordado en el otoño de 409], lo quiso suplantar y con la ayuda de Jovio y de

Alobico lo redujo a esperar la única salvación en la huida a Constantinopla.

Pero durante todos estos acontecimientos hubo un rápido cambio. Roma estaba hambrienta y Atalo trató de asegurarse el trigo de África, pero el escaso cuerpo de expedición "romano" fue vencido por el *comes* Heracliano, fiel a Honorio, que cortó los envíos a Roma y mandó dinero al emperador de Ravena para reforzar la fidelidad de los hunos. Además, llegaron cuatro mil hombres de Oriente. Alentado, Honorio hizo frente a Alarico y Atalo. Se levantó el sitio de Ravena, Atalo regresó a la hambrienta Roma, y Alarico realizó campañas de devastación por el sur de Italia, en donde, a mediados de 410, estaba también Constantino, no para ayudar a Honorio, sino para secundar los designios personales de Alobico.

Los acontecimientos se precipitaron cuando Honorio logró deshacerse de Alobico, y Constantino, rechazado incluso por Alarico, volvió a la Galia. En julio de 410, Alarico destituyó a Atalo y se dispuso a parlamentar con Honorio, pero se vio sorprendido por un ataque a traición de Siro, su enemigo de siempre. Alarico, furioso, sitió Roma por tercera vez y entró en la ciudad el 24 de agosto de 410, saqueándola durante tres días.

Tras retirarse, probablemente por falta de víveres, pasó a Campania y Apulia y se dirigió a Sicilia, con la probable meta final de África. Pero a fines de 410, la muerte sorprendió en Calabria al rey germánico que había repetido la empresa de Anibal y de los galos contra Roma. El hecho impresionó más a la literatura que a la política militante, especialmente como punto de arranque en la polémica pagano-cristiana sobre la interpretación de la Historia. Pero fue una fecha memorable.

A. G.

la acción en primera fila. El rey de los visigodos combatió también personalmente, pero pronto fue herido de una lanzada y murió en las avanzadas, como para probar la precisión del oráculo de Atila. El jefe de sus enemigos había succumbido, pero no era el detestado Acio, sino un bárbaro que hubiera podido ser su amigo. La otra parte del oráculo también parecía verificarse: los hunos perdían la batalla; el hijo del rey de los visigodos, descendiendo a paso de carga de una altura que dominaba el campo, había reconquistado todo el terreno perdido en las primeras horas. Los hunos empezaban a retirarse y Atila había hecho ya levantar

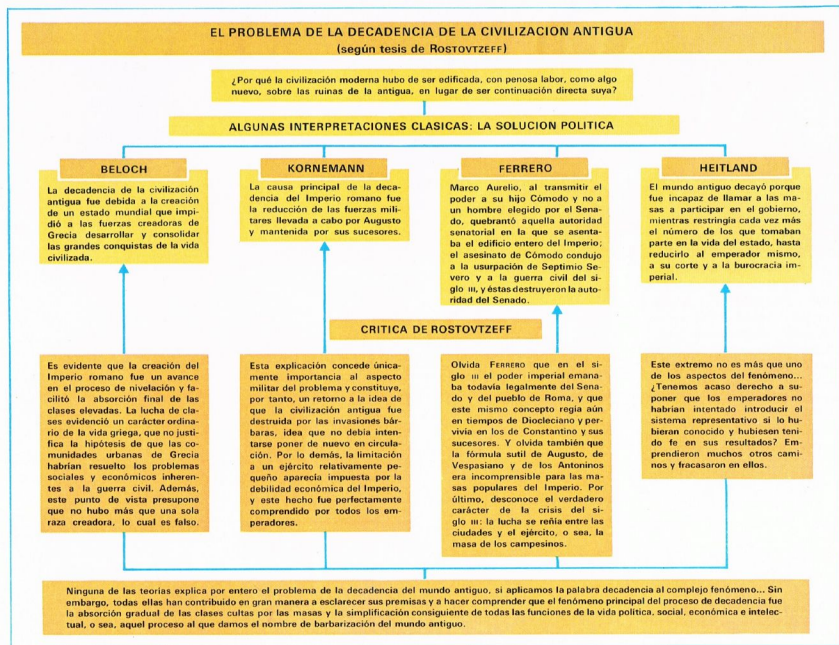
una pirámide de sillas de montar para que fuera su pira mortuoria.

Pero llegó la noche y Acio aconsejó a los visigodos que renunciaran a la persecución y regresaran a Tolosa. ¿Por qué? Se ha dicho que Acio no quería envalentonar a los visigodos, que, envanecidos por haber destruido a Atila, se sentirían los árbitros del Imperio. Es posible que Acio recordara también entonces el agradecimiento que debía a Atila por la hospitalidad de él recibida y creyera que bastaría con el castigo sufrido para que los hunos regresaran para siempre a las llanuras donde dejaron sus rebaños. Pero el reposo de Atila en las

praderas del Danubio duró pocos meses. Desbandar un ejército de quinientos mil hombres es más difícil que su movilización. El año 452, Atila invadió Italia, entrando por la misma ruta que había seguido Alarico, esto es, Aquileia, el Véneto y el valle del Po. Milán y Pavia pagaron un tributo, aunque consta que Atila entró en Milán y hasta hizo que pintaran su retrato junto al de los antiguos césares en un fresco del palacio. Mas, como hemos dicho al empezar el capítulo, Italia no era un país apetecible para un pueblo de pastores. Por esto, Atila aceptó la propuesta que le hicieron los representantes de las que podríamos llamar "gentes itálicas", porque casi no podemos decir que representaran al emperador. Los comisionados que fueron a tratar con Atila en su tienda, levantada cerca del lago de Garda, fueron el cónsul de aquel año, Avieno, romano cauto, fino y malicioso; un tal Trigeico, que había sido gobernador

de la prefectura de Italia y conocía bien el país, y, con autoridad y personalidad superior a todos, el papa-obispo de Roma, que era nada menos que León el Grande, cuya sola presencia impresionaba. Atila consentió en retirarse; de todos modos, hubo que pagarle un tributo proporcionado al mal que se evitaba.

Atila murió al siguiente año, ahogado en su propia sangre. Durmiendo, después de un banquete, se le rompió una vena y su esposa lo encontró muerto en la cama. Después de los funerales, empezaron las disputas entre sus hijos y los príncipes aliados para procurarse la sucesión. Nadie parecía tener personalidad bastante para mantener unidos aquellos pueblos de diversas razas y todos indómitos. Los gépidos y ostrogodos, por de pronto, se separaron de los hunos, apropiándose grandes espacios de terreno en la vecindad de la frontera romana. Desde allí espianeron el momen-





Iglesia bizantina de Ravenna, que por tradición se viene llamando "Mausoleo de Gala Placidia". Sus bóvedas están decoradas con preciosos mosaicos y en su interior se conservan tres sarcófagos que se cree contienen los restos de Honorio, Gala y su esposo Constancio.

to propicio para entrar a su vez, ya por su cuenta, en Italia y adueñarse de aquel país delicioso que habían visto en sus correrías acompañando a Atila. Un día, los ostrogodos con Teodorico, más tarde los longobardos y gépidos con Alboino, llegaron también a Italia para hacer lo mismo que los visigodos habían hecho en Aquitania y España, y que los francos y borgoñones hacían en Francia: transformar en naciones sedentarias lo que eran sólo bandas de aventureros.

Cabe preguntarse hasta qué punto se había efectuado ya la germanización de la *Romania* de fines del siglo V a la mitad del VI. Un dato puede facilitar la explicación. Tanto en Occidente como en Oriente, mujeres de gran categoría se sentían dis-

puestas a contraer matrimonio con un bárbaro o aceptarlo sin repugnancia al serles impuesto. Ya hemos visto a Gala, la princesa de más alta alcurnia, aceptar a Ataúlfo como esposo legítimo y darle un hijo. Otra romana, Honorio, sintió tanta admiración por el carácter y los actos de Atila, que le envió su anillo de desposada, ofreciéndose a unirse en legítimo matrimonio con el rey de los hunos. Otras se entregaron como esposas a los monarcas vándalos del África, que, además de ser bárbaros sin apenas haber tenido contactos con la civilización clásica, eran de religión arriana.

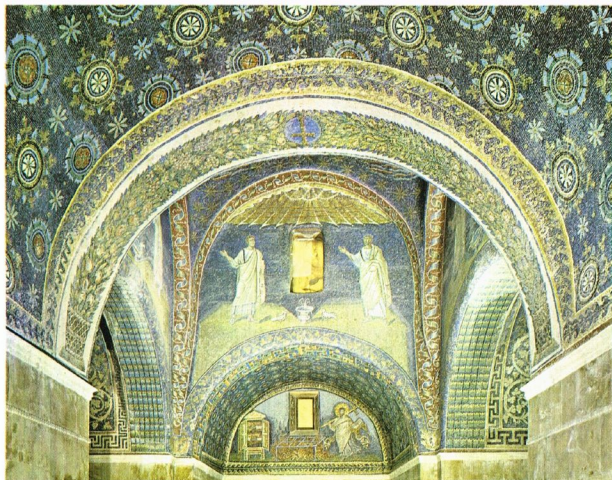
La personalidad de Gala Placidia, que hemos visto aparecer entre los nombres de los bárbaros, merecería una biografía más completa.

Regresada a Ravena, casó con Constancio y a su muerte hizo construir un admirable sepulcro que conserva todavía los sarcófagos de ella misma, de su hermano Honorio y de su marido. Este mausoleo de Gala Placidia en Ravena es de estilo bizantino, decorado con mosaicos magníficos tanto en las paredes como en las bóvedas. Así, mientras el primer monumento funerario que levantó Gala Placidia, que es el sepulcro de Ataúlfo en Barcelona, tenía la forma de un templo romano clásico, el mausoleo de Ravena es ya completamente de gusto oriental. Ambos representan en arquitectura el doble carácter de la princesa hija de Teodosio, romana y por su casamiento con Ataúlfo casi goda, y después de regresar a Ravena, por sus relaciones con la corte de Constantinopla, seducida por el estilo bizantino.

Su vida, desde los días en que estaba encerrada en la Roma sitiada por los visigodos; después como una presa de gran valor, con las marchas a través de Italia; su casamiento con Ataúlfo y su corta viudez en Barcelona; su nueva vida en Ravena y en Roma como regente de Valentiniano III, parece el tema de una novela histórica, y no es otra cosa sino una epopeya femenina única para su época.



Detalle de una cruz bizantina del siglo V en cuya pintura quieren reconocer algunos autores los rostros de Gala Placidia y de sus hijos (Museo Cristiano, Brescia). Tras su unión matrimonial con Ataúlfo, casó con un general de Honorio. De este matrimonio nació Valentiniano III, que sucedió muy pronto a su padre y gobernó en su minoría de edad bajo la regencia de su madre. Gala Placidia murió en 450 y fue sepultada en Ravena.



Detalle de los mosaicos del interior del mausoleo de Gala Placidia, en Ravena.

BIBLIOGRAFIA

Boak, A. E. R.	<i>A History of Rome to 565 A. D.</i> (5.ª ed.), Nueva York, 1965.
Farrington, B.	<i>Ciencia y política en el mundo antiguo</i> , Madrid, 1965.
Garzetti, A.	<i>L'impero romano</i> (vol. II de "Storia Politica Universale"), Novara, 1966.
Latouche, R.	<i>Les grandes invasions et la crise de l'Occident au V^e siècle</i> , Paris, 1946.
Lilley, S.	<i>Hombres, máquinas e historia. Breve historia de las máquinas y herramientas en relación al progreso social</i> , Buenos Aires, 1957.
Lot, F.	<i>El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media</i> , México, 1956.
Piganiol, A.	<i>L'empire chrétien</i> , Paris, 1947. <i>Histoire de Rome</i> , Paris, 1962.
Mazzarino, S.	<i>Aspetti sociali del IV secolo</i> , Roma, 1951. <i>Stilicone. La crisi imperiale dopo Teodosio</i> , Roma, 1942.
Paribeni, R.	<i>De Diocleziano alla caduta dell'impero d'Occidente</i> , Bologna, 1941.
Rostovtzeff, M.	<i>Historia social y económica del Imperio romano</i> , Madrid, 1962.
Sirago, V. A.	<i>Galla Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente</i> , Lovaina, 1961.



Efigie de Galla Placidia en una moneda de la época (Museo Nacional, Roma).